

Herederos del Alkar

Libro II

EL PORTAL DEL  
**DESTINO**

Felipe Solar Berguecio



© Herederos del Alkar II - El Portal del Destino.  
Colección: Saga Herederos del Alkar  
Sello: Tricéfalo  
Primera edición: Noviembre 2020

Felipe Solar Berguecio

Edición general: Martín Muñoz Kaiser  
Ilustración de portada: Felipe Montecinos  
Mapa: Luis Naranjo  
Corrección de textos: Felipe Uribe  
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser



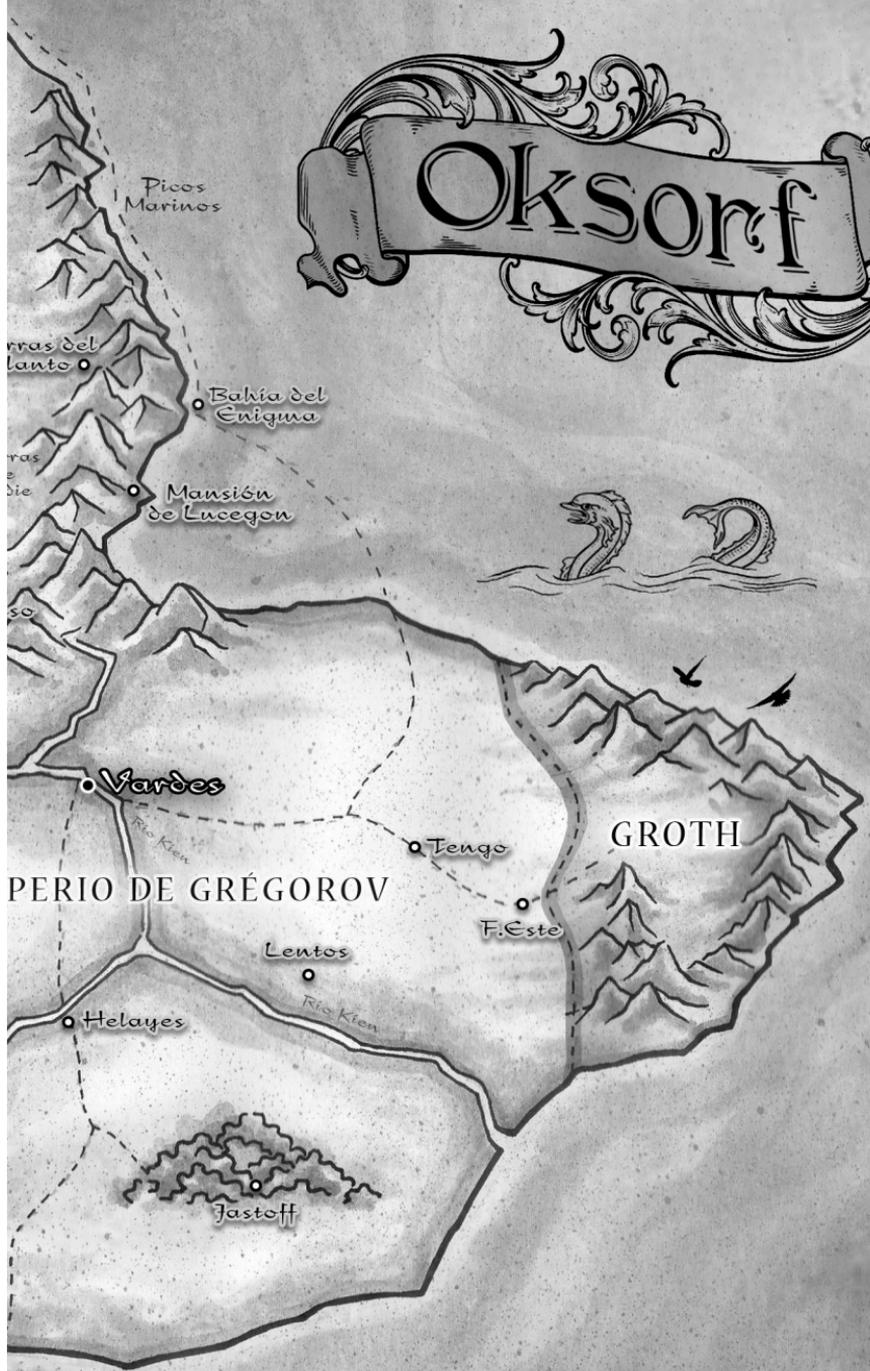
© Áurea Ediciones  
[www.facebook.com/aureaedicioneschile](http://www.facebook.com/aureaedicioneschile)  
[@aureaediciones1](https://www.instagram.com/aureaediciones1)  
[www.aureaediciones.cl](http://www.aureaediciones.cl)  
Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile

ISBN: 978-956-6021-48-3  
Registro de Propiedad Intelectual N°: 2020-A-7412

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.  
Todos los derechos reservados.



# Oksoorf



PERIO DE GRÉGOROV

GROTH

Vardes

Tengo

Lentos

F. Este

Helayes

Jastoff

Picos Marinos

Bahía del Enigma

Mansión de Lucegon

Rio Kien

Rio Kien

# Prólogo

*Los gritos guturales se oían cada vez más cercanos. Las Lantorchas agotaron su combustible, un viento sopló y el pasillo quedó a oscuras. Ya venían. La única luz se originaba en las llamas verdosas que calentaban el caldero del cual salía un vapor del mismo color.*

*Sus pequeños hermanos estaban frente a ella, cada uno sosteniendo una espada más grande que su propio cuerpo. Apenas podían levantar las armas. Un golpe sordo en la puerta indicó que las bestias habían llegado.*

*—No teman —dijo una voz femenina al fondo del pasillo. Los pequeños dieron media vuelta.*

*—¡Es tu culpa! —gritó uno de los infantes.*

*Sus ojos verdes brillaron en la oscuridad. No se atrevió a contestar, a fin de cuenta, su hermano tenía razón.*

*—Lo sé —dijo, con lágrimas en los ojos—, pero no se preocupen...*

*—¡Por tu culpa mamá y papá están muertos!*

*—Sé lo que pasó —dijo ella, y no pudo contener una lágrima—. Pero lo que les sucedió a ellos no tiene por qué sucederles a ustedes. ¡Acérquense!*

*Ellos obedecieron, llorando, incapaces de contener tanto el miedo como el terrible recuerdo. Sacó una pequeña navaja y se cortó la palma de la mano. Ante las miradas horrorizadas de sus hermanos pequeños, puso la mano sobre la caldera y dejó chorrear sangre sobre ella. Un nuevo estruendo en la puerta: se estaba quebrando. Ya venían.*

*—Hermana, ¿qué haces? ¡Tenemos que escapar!*

*—Ustedes escaparán —dijo, llorando. Con ambas manos levantó el caldero y vertió el contenido en dos vasos—. Si beben esto, ellos no podrán atacarlos. Serán invulnerables a su poder y les será posible recorrer rincones del mundo aún inexistentes para el común de los mortales. ¡Prométanme que lo encontrarán! ¡Prométanme que obtendrán el Alkar!*

*Los pequeños la miraron, sosteniendo un vaso cada uno y con los ojos lagrimeando, incapaces de entender a qué se refería su hermana.*

*La puerta se quebró.*

*Un vendaval helado los entumeció de frío y miedo.*

*Habían llegado.*

*—¡Beban! —gritó ella, poniéndose de pie. Los niños se miraron dubitativos. A continuación, la hechicera desenvainó su espada y corrió veloz, dispuesta a embestir a los intrusos—. ¡Beban! —gritó de nuevo, hasta que fue rodeada por aquellas criaturas fantasmagóricas.*

*Aterrados, los niños bebieron.*

# Parte IV

# Las redes oscuras

## I. La Corte de la Esperanza.

Kronto se despertó por culpa de la brisa fría. Aún estaba oscuro, aunque ya se podían distinguir los lejanos cerros que durante el día de ayer habían cruzado. Los ronquidos de sus compañeros llegaban con claridad a sus oídos, al igual que el ruido del agua de la cascada, ubicada a pocos metros de donde acampaban. Se incorporó en su bolsa de dormir: su mente ya había renunciado a seguir soñando.

Miró a sus compañeros. En total había doce Exiliados: once miembros del Equipo 8 y su líder, Mor-Kiurimón, quien llegó a último momento para salvarlos. Además, había ocho elfos, entre los que se contaba a su amigo Egins. Kronto se encogió de tristeza: al principio eran quince Exiliados y veinte elfos. Eso significaba que quince personas habían muerto como consecuencia de atacar a Lucegon. Casi la mitad. En la memoria de Kronto, el rostro del líder de los Devas aún permanecía impregnado; un rostro despectivo y burlesco.

Se puso de pie. Recordar su última experiencia le había quitado de forma definitiva las ganas de dormir. Se calzó las botas y se abrigó con una capa. Miró hacia el paisaje: los cerros, las llanuras cubiertas de hierbas, el

río que continuaba de forma tortuosa su camino desde la colina en cuya falda acampaban. El viento soplaba con fuerza.

Comenzó a caminar hacia el río. Al llegar, notó una silueta que contemplaba el horizonte, inmune al frío y a la penumbra. Si no hubiera sido por el brillo en su calva cabeza, no habría descubierto que se trataba de Sot Land, el jefe de su equipo. Era quien estaba de guardia. Caminó hacia él y posó su mano sobre su hombro.

—¡Ah! —gritó, dando un salto—. ¡Bah, eras tú!

—Lo siento —se disculpó Kronto, también asustado—, no quería...

—No te preocupes —respondió Land. Luego rio—. Como guardia, estoy cumpliendo una pésima labor.

Kronto emitió una pequeña carcajada.

—Es muy temprano —observó Land—. No son ni las seis de la mañana, creo. Falta todavía para que amanezca.

—No podía dormir —comentó Kronto.

—¿Tienes alguna herida?

—No me pasó nada en la mansión de Lucegon —contestó Kronto, ruborizándose.

—Pareces avergonzado —dijo Land, mirándolo con atención—. ¡No seas ridículo! Las heridas no son muestras de debilidad. Quedarse en el piso a causa de ellas, sí.

—Lo sé —refunfuñó Kronto—. Aun así... fue una experiencia intensa.

Sot Land le dio unas palmadas en el hombro a Kronto, quien se ruborizó todavía más.

—Esto no fue nada —comentó—. Nada.

Kronto creyó entender.

—¿Hay cosas peores que perder quince camaradas una sola noche?

Land ensombreció su mirada.

—Pretendo decirte que tu vida girará en torno a perder camaradas. Esto fue tan solo tu primera misión. Nos enfrentaremos a muchas pruebas y en cada una tendremos que superar pérdidas, dolores. Pero la recompensa que obtengamos cuando cumplamos nuestra misión será superior. Algún día.

Kronto sonrió.

—Pareces confiado —dijo—. Yo ya ni sé para qué luchamos tanto.

Sot Land lo miró con reprobación.

—Luchar sin motivo es un peligro, tanto para ti como para los que te rodean. Al final solo combatirías por ira o placer, y eso es bajar al mismo nivel que ellos... que los Devas.

—¿Tú por qué luchas?

Land lo miró directo a los ojos.

—Para proteger a mi hermanita. Para remover del mundo a los bastardos que la pongan en peligro. ¿Te parece suficiente? En tu caso, puede ser por tu mamá, ¿no es así?

—¡Por supuesto! —replicó el muchacho, ofendido. Su mamá llevaba cerca de siete años enferma—. Pero... yo...

—No estás seguro de que eso vaya a suceder, ¿eh? Pues bien, al menos podrías pedirle a Riamus que te ayude a encontrar confianza, ¿de acuerdo?

—Supongo que por ahí puedo comenzar.

—¡Excelente! —dijo Land, guiñándole un ojo—. Anda a recostarte de nuevo, Kronto. Todavía falta un par de horas para que nos levantemos. Es fundamental que estemos descansados para esta jornada.

Hablar con Land lo ayudó a conciliar el sueño otra vez. Cuando despertó, levantaron el campamento, desayunaron y limpiaron.

El ánimo del equipo creció cuando Mor-Kiurimón, después de haber ido a investigar el camino, anunció que ese mismo día llegarían a la Corte de la Esperanza. Luego de quince días caminando desde la mansión de Lucegon, llegaba el descanso: un baño, tranquilidad, comida.

—Así que es un refugio —dijo Eginas, cuando Kronto le explicó, con breves palabras, lo relativo a la Corte de la Esperanza—. Había escuchado hablar de ella, pero sin entender.

—Leidy Suin, la jefa responsable de ese lugar, hace lo posible por mantenernos ocultos.

—También he escuchado hablar de ella —intervino Egin—. Es una mujer casi tan respetada y misteriosa como... —señaló a Mor-Kiurimón con la cabeza.

—¿Él? Bueno, la verdad es que no lo sé. Para mí también es la primera vez que visito ese lugar, no conozco a nadie de allí.

Su amigo Egin pertenecía al grupo de elfos que se unió a ellos en mitad del viaje hacia la mansión de Lucagon. Como los Devas eran fuente de odio en cualquier parte del mundo, no era de extrañar que quisieran colaborar en una misión tan importante. Luego de aquella noche, Mor-Kiurimón ofreció a Híncos, el capitán elfo, una recepción en la Corte de la Esperanza como pago por su ayuda. Los elfos, que formaban parte de una patrulla que vigilaba las fronteras del norte de Seafor, aceptaron de buen grado. Además, la Corte de la Esperanza quedaba al noroeste del bosque de los elfos, por lo que podían retomar sus labores sin dificultades.

Durante el retorno, habían vuelto a atravesar los Picos Marinos para caminar en dirección noroeste a través de las Tierras de Nadie. Poco antes de encontrar Seafor, torcieron al norte hasta alcanzar el límite con el desierto de Araham. Si hubieran seguido al norte, habrían llegado a su principal escondite, la Casa de Mor-Kiurimón, pero su dueño insistía en viajar al oeste.

—Los últimos días ha habido pocos Exiliados que defiendan la Corte de la Esperanza —explicó el mago—; es fundamental que lleguemos pronto.

El paisaje se había tornado árido e irregular, con series de colinas intermitentes que hacían agobiante el avance. Cuando el gran mago anunció que estaban cerca, habían llegado a lo alto de un gran cerro. Desde ahí, el bosque de Seafor se desplegaba como un mar de árboles hacia el sur.

—¿Qué es esto? —preguntó Egin, anonadado—. ¿Me están diciendo que la Corte de la Esperanza se encuentra dentro de nuestro reino? —Kronto se encogió de hombros y continuó. Los demás elfos, que se enorgullecían de

su estricta vigilancia de sus tierras, habían reaccionado igual que el joven de esa raza.

Continuaron bajando el cerro, acercándose hacia el noroeste del reino de Seafor. Comenzaba a chispear, la humedad era intensa, el camino se hacía cada vez más resbaladizo y el frío les atacaba tanto las manos como los pies, hasta que, por fin, Mor-Kiurimón se detuvo a los pocos metros de haberse internado en el bosque.

— A partir de ahora, señores elfos, les pido que se venden los ojos, puesto que es un lugar secreto. No se preocupen, cada uno de los Exiliados se encargará de uno de ustedes. Una vez que estemos en terreno seguro, podrán quitarse las vendas.

Los elfos no pusieron objeciones. Kronto se ofreció a llevar a Eging.

El camino se desarrolló a través de un bosque nativo cuidado de forma sutil por los Exiliados que vigilaban la zona. Los vapores flotaban con la lluvia y tanto el verde intenso como los ruidos de cascadas y animales inundaban el paisaje a través del cual Kronto caminaba maravillado.

— Es ahí — señaló Mor-Kiurimón.

Lo que parecía una pequeña meseta cubierta de musgo era, en realidad, una especie de fortaleza. Desde algún lugar entre los arbustos salía humo, que se mezclaba con la humedad.

El líder Exiliado los guio a la parte trasera de la meseta, donde cruzaba un pequeño riachuelo, el cual atravesaron saltando sobre unas cuantas piedras. Entonces dos arbustos se movieron, inclinándose ante el mago. Cuando se acercó a ellos, Kronto se dio cuenta de que eran Exiliados, con seguridad elfos que dominaban la técnica del camuflaje. No había necesidad de hacer preguntas: les bastó ver a Mor-Kiurimón para abrir una puerta de piedra y dejarlos entrar en un profundo túnel de piedra iluminado por antorchas. Cuando el ruido de la lluvia y el del río se hubieron extinguido al cerrar la puerta, se ordenó sacar las vendas a los elfos.

—Bienvenidos a la Corte de la Esperanza —dijo Mor-Kiurimón. Las miradas, silenciosas y expectantes, estaban posadas sobre él—. Este lugar es administrado por una de nuestras más fieles compañeras: la señora Leidy Suin. Ha estado con los Exiliados desde los inicios de esta organización. Aquí podrán hacer lo que quieran, a excepción de una cosa: salir, a menos que yo o ella lo autoricemos. ¿Está claro?

Como no había objeciones, continuaron el camino a través del túnel en silencio. De vez en cuando se topaban con algún guardia que saludaba a Mor-Kiurimón con una inclinación. El camino se fue abriendo hasta desembocar en un inmenso comedor donde al menos cuarenta personas comían, jugaban o conversaban: eran adultos, jóvenes y ancianos de ambos sexos. Algunos se levantaron para ir a saludar a Mor-Kiurimón, y pronto el mago se retiró con el fin de conversar con algunos de ellos.

De esta forma, los recién llegados tuvieron libertad de acción. Kronto y Egin fueron en busca de una habitación, decidiendo que más tarde irían a tomar un baño caliente. Otros prefirieron beber café para calentarse y unos últimos se fueron a sentar alrededor de la chimenea. La habitación de Kronto y Egin tenía varias camas, las cuales pronto fueron ocupadas por los hermanos Semin Leg y Semin Engo, así como por tres compañeros de Egin.

Después tomaron una toalla y fueron al subterráneo, donde se encontraban los baños. Una estancia escondida tras intensos vapores los recibió: era un estanque lleno de agua termal. Se desnudaron y se metieron al instante: un estado de relajación nunca experimentado cubrió a Kronto por completo. Por fin, luego de una intensa batalla y una larga travesía, un tiempo de paz. Dejó que el agua lo cubriera por completo, que fluyera por su cuerpo: el pelo, los pies y las axilas, hasta que sintió las primeras arrugas en sus manos por el exceso de humedad.

—Esto es un placer —comentó a Egin, quien, un poco más allá, se estaba frotando los brazos.

—No quisiera irme de aquí por un buen tiempo —contestó Kronto.

Kronto se dejó flotar con los ojos cerrados, dispuesto a quedarse dormido de ser necesario. Entonces sintió movimientos en la piscina y, al abrir los ojos, distinguió a Sot Land entrando al agua. Saludó con la mirada a Kronto y se fue a relajar a la orilla opuesta.

—Kronto —dijo Egins—. ¿Qué has pensado respecto de acompañarme a mi casa?

Kronto se incorporó. “Es verdad: Egins me había invitado a su casa”, recordó. La idea era que llevaran a la madre de Kronto para intentar sanarla, dado que ningún médico había sido capaz de encontrar una cura a su enfermedad que la atormentaba hacía más de siete años.

—No lo sé —dijo—. Quiero, pero tengo que encontrar una forma de transportar a mi madre.

El joven elfo suspiró y se sumergió, para luego emerger con todo su cabello marrón remojado.

—Confírmame lo antes posible, Kronto —dijo Egins, mientras salía del agua.

—Sí —respondió. “Tendré que hablar con Mor-Kiurimón, es el único que podría autorizarme”, pensó.

Sot Land lo observaba desde lejos.

La comida de aquella noche, un guiso de verduras con carne cocida, fue inédita para los recién llegados. Después del tiempo que pasaron confiando en Retroyt y Nello en cuanto a la caza y la recolección de frutos y semillas, para colmo bebiendo solo agua, esto era un banquete. Kronto comió hasta que no pudo más. Con Egins, se quedó hasta tarde engullendo hasta el último mendrugo. Luego se fueron a acostar, muertos de sueño.

Al entrar a la habitación, sus compañeros roncaban. Egins se durmió al instante, pero a Kronto le costó conciliar el sueño.

Pensó en su madre, Sárach. Si los elfos podían encontrar una cura, entonces estaba a muy pocos pasos de salvarla. Por fin. Tenía apenas siete u ocho años cuando ella cayó enferma, y recordaba con claridad el episodio en el que fue contagiada. Al principio, Sárach le había ocultado que estaba enferma para no preocuparlo, pero cuando fue a dar a la enfermería de la Casa de Mor-Kiurimón, sin

saber que ésa iba a ser su habitación por mucho tiempo, Kronto se asustó. Como ella nunca salía de aquel lugar, comprendió que su madre tenía una enfermedad crónica, ya ni siquiera había que preguntarle para darse cuenta de la realidad. Y lo peor era que cada día que pasaba, se iba deteriorando, poco a poco. Lo que menos había olvidado era el nombre del infeliz que la había contagiado: su padre, Terub Vônd.

Cuando Egins le contó que los elfos eran expertos en medicina, en un principio Kronto no le creyó: si los doctores Exiliados no lo habían logrado, ¿podrían los elfos? ¿Podrían ellos sanar a su madre?

En la mañana, Kronto descubrió que había un gimnasio, y practicó esgrima con Egins. El joven elfo luchaba con agilidad, pero no podía superar los años que Kronto había dedicado al manejo de la espada. Tampoco en magia, aunque eso era natural: para los elfos, la magia era algo que se obtenía de otros seres vivos, mientras que Kronto, al ser un mago, podía activar con rapidez sus circuitos mágicos para liberar su energía.

Luego almorzaron y, por la tarde, junto con otros de sus compañeros del Equipo 8, jugaron cartas, apostando el poco dinero que llevaban. Lo inesperado se produjo cuando los más grandes, como Sot Land y el capitán Híncos, se involucraron al juego, hasta que la mayoría del equipo que había dado batalla en la mansión de Lucegon disfrutaba un tiempo de alegría. Solo faltaban los llamados “lobos esteparios”, que eran los guerreros más experimentados del Equipo 8 y que rara vez socializaban con el resto. De hecho, dos de ellos ya se habían marchado de la Corte de la Esperanza.

Alrededor de las cinco de la tarde, la entrada del escondite se abrió por primera vez en el día, lo que llamó la atención de todos. Segundos después, llegaron dos personas, un mago y un yágar de color naranja oscuro, que miraba perplejo la Corte de la Esperanza. Al igual que los elfos, él no pertenecía a los Exiliados, y había entrado con los ojos vendados. El mago era un hombre alto de cabello castaño y corto, una barba a medio afeitado y una mirada

de ojos verdes y atentos. Vestía ropa de viaje: iba cubierto por una capa gris. Recorría con la vista a todos los presentes, pero antes de encontrar a quien buscaba, Semin Leg y Semin Engo se levantaron de la mesa de Kronto para saludar al mago.

— ¡Papá!

El señor Semin miró a sus dos hijos con sorpresa y corrió a abrazarlos.

— No esperaba que se encontraran acá — dijo en medio del mar de brazos y palmadas. Solo entonces notó que los ojos de los tres magos eran similares.

— ¿En qué estabas? — preguntó Leg, una vez que se soltó.

Semin exhaló un suspiro y respondió:

— Escoltando a un embajador de Hixmer en una visita al emperador Asrond. ¿Y ustedes? ¿Qué los ha traído hasta acá?

— Estábamos en una misión, y luego Mor-Kiurimón nos trajo hasta acá.

— ¿Está Mor-Kiurimón? — preguntó Semin.

— Sí — contestó Engo —, o sea, supongo, porque no lo he visto desde que llegamos.

— Está en su oficina, señor — dijo uno de los guardias.

— Excelente: la persona indicada con la cual necesito hablar. Vamos, Déndor.

Ambos hombres se retiraron, el yágar siguiendo al mago.

Mientras tanto, los hermanos volvieron al juego, contentos por la llegada de su padre.

— ¿Me pasas la sal, Kronto, por favor? — pidió Trev, horas más tarde.

— ¿Por qué le echan sal? — preguntó Egin, mirando extrañado cómo el joven, uno de los pocos hechiceros Exiliados que había, aliñaba su ensalada.

— ¿Por qué? ¿Acaso los elfos no lo hacen?

— No, nunca hemos aliñado los vegetales con sal. Tampoco nos gusta mucho en la carne. En general, la sal es un mineral que sirve para limpiar y, a veces, para adornar — explicó Egin. Sus compañeros asintieron.

—Ya veo por qué no se quejaban de la comida durante el viaje —comentó Leg.

—Creo que voy a aprender mucho de ustedes cuando vaya —comentó Kronto.

—¿Al final vas a ir?

—No... lo he comentado con Mor...

—No creo que nosotros nos quedemos mucho tiempo aquí. Tendremos que volver a Seafor.

Kronto se sobrecogió. Era el segundo día en la Corte de la Esperanza, y lo estaba pasando tan bien que no había pensado en irse todavía, pese a que ese placer podía acabarse en cualquier momento. El hecho de que ya le estuvieran hablando de marchar lo apenaba, pero ésa era la triste realidad que debía afrontar.

—Mañana le preguntaré.

Esa noche, Kronto tuvo un sueño muy extraño. Primero creyó ver un destello de luz blanca, pero entonces distinguió la figura de un hombre: tenía grandes alas asimismo blancas, iba desnudo y era de brillante piel azul, como si fuera un yágar. Entonces todo se desvaneció y Kronto se encontró tendido en su cama, sudando.

Tenía sed, así que se levantó. Caminó por el silencioso pasillo hacia el baño. Estaba oscuro, a excepción de las inmediaciones a una antorcha puesta en el encuentro con otro pasillo. Dobló a la izquierda y entró al baño. Mientras tomaba agua, visualizó en su cabeza la imagen de aquel ángel. ¿Qué podía significar?

Aprovechó de orinar para volver tranquilo a su cama, pero se encontró con personas que caminaban en sentido contrario, tal vez también hacia el baño. Se puso en guardia: no era común que un grupo de gente se levantara al mismo tiempo y fueran todos al baño. Las voces llegaban como susurros a sus oídos. Kronto escuchó la voz grave y profunda de Mor-Kiurimón, quien llevaba una vela. Vio seis siluetas. El brillo de la llama en una calva le indicó que uno era Sot Land. Cuando se acercaron más, distinguió entre los otros cuatro al señor Semin y su acompañante yágar, Déndor. Los otros dos hombres le eran desconocidos. Susurraban, hasta que alguien gritó:

—Sabemos que esa mujer es peligrosa, y mucho más ahora que puede saber dónde nos escondemos.

—¡Silencio! Hay alguien...

Los doce ojos se posaron sobre el muchacho, quien se sintió expuesto, como si lo fueran a regañar.

—Buenas noches, Kronto —saludó Mor-Kiurimón, el único que no se alteró.

Pese a que Kronto sentía gran aprecio hacia el mago, en esa oscuridad, iluminado solo con una vela, parecía un verdadero vampiro. Incluso sus ojos se veían monstruosos: estaban rojos, como si no hubiera dormido hacía tiempo.

—B... Buenas noches, señor.

—¿Dando un paseo nocturno?

—Eh... me levanté para ir al baño.

—Ya veo. Duerme bien, porque lo necesitarás —sugirió el líder, pasando a su lado y continuando su camino.

—Sí, señor.

Kronto cruzó una última mirada con Land, el más joven (de hecho, por mucho) del grupo. Se notaba que estaba cansado y que lo único que quería era irse a dormir. ¿Para qué Mor-Kiurimón lo había llamado? Los miró alejarse por el pasillo.

A la mañana siguiente, había agitación en la Corte de la Esperanza. Kronto se encontró con Trev a la salida del baño.

—¿Ya supiste? Tenemos reunión de equipo.

—¿Qué sucedió?

—Parece que tiene que ver con el padre de Leg y Engo —respondió Trev—. Sot Land advirtió que es urgente.

Kronto se lavó y se vistió lo más rápido que pudo y bajó al comedor que se ocupaba para desayunar, donde sin duda se llevaría a cabo la reunión. Había un bullicio tal que se advertía con claridad que todos hablaban de la misma polémica.

—¡Aquí estamos! —gritaron, desde una mesa ocupada, los miembros del Equipo 8.

—¡Por fin reunidos! —dijo Land, mirando furioso al muchacho—. Les cuento que ayer llegó el padre de Leg

y Engo con una terrible noticia: Leidy Suin, la jefa de la Corte de la Esperanza, fue emboscada y raptada por una tropa de hechiceros.

Hubo una serie de gritos y exclamaciones de sorpresa, pese a que muy pocos la conocían. ¿Un Exiliado en manos enemigas?

—¿Dónde sucedió eso?

—En el Paso Occidental, cuando se dirigían para acá —respondió Land—. Estaba en unos trámites políticos cuando, en el camino de vuelta, la atacaron. El señor Semín estaba escoltándola y, al ver que se la llevaban, vino de inmediato para buscar refuerzos.

—Y, déjame adivinar —dijo Trev—, ese refuerzo somos nosotros.

—Nosotros, Mor-Kiurimón y otros hombres más.

—¿Mor-Kiurimón va con nosotros? —preguntó uno de los muchachos con emoción.

—Así es.

—¿Dónde buscaremos? —quiso saber Kronto.

Ahora sabía por qué anoche se habían reunido con Mor-Kiurimón. Y también comprendió a qué se refería el líder Exiliado con eso de: “Duerme bien, porque lo necesitars”.

—Los que atacaron eran hechiceros, de manera que hay que buscar en Xam —contestó Land—. Además, reconocieron a una hechicera famosa que lideraba el ataque.

—¿Quién?

—Sólaz Éndevor. Es ella de quien hay que cuidarse, según Mor-Kiurimón.

Un silencio se apoderó del grupo, aunque no por miedo. Kronto solo deseaba que cumplieran con su misión lo antes posible para volver a la Corte de la Esperanza. ¿Tan rápido se acababan las vacaciones?

—Si no hay dudas, les cuento que mañana saldremos a las nueve: procuren estar listos a esa hora. Mor-Kiurimón es más duro que yo en estos asuntos —dijo Land; el equipo se levantó.

Algo quedó claro para Kronto: los elfos de Seafor no los iban a acompañar, de manera que era preciso despedirse bien de Egins.

—Kronto —dijo Land justo antes de que se fuera. El muchacho volvió con su jefe y lo miró con tranquilidad—: Mor-Kiurimón quiere hablar contigo.

—¿Mor-Kiurimón? —repitió Kronto, sorprendido. ¿Qué quería hablar el líder de los Exiliados con alguien como él?

—Te está esperando en el jardín. Te deseo suerte —explicó Land, guiñándole el ojo con una sonrisa bonachona.

Kronto se encogió de hombros y fue hacia el jardín del escondite. Era un lugar húmedo y expuesto sobre la meseta de la Corte de la Esperanza, aunque camuflado por arte de magia en caso de que hubiera miradas extrañas. El piso estaba cubierto por musgo, y había unos cuantos troncos que, debido a la podredumbre y el rocío, habían caído, desprendiendo aroma a humedad y vegetación. Sobre uno de ellos estaba de pie Mor-Kiurimón: era alto y llevaba una capa negra ondeando a causa de una pequeña brisa.

—Señor —dijo Kronto.

El líder lo miró y sonrió.

—Kronto, contigo quería hablar. Llegó a mis oídos que el joven elfo llamado Egins te invitó a su hogar en Seafor —explicó el mago. A Kronto se le encogió el corazón. ¿Cómo había llegado a saber?

—Yo también quería preguntarle al respecto...

—Veo que aún no hay confianza suficiente entre nosotros, no te atreviste. Es comprensible; con el tiempo te darás cuenta de que yo no soy un monstruo —dijo el hombre. Su voz no tenía ni un solo toque de emoción, lo que arruinaba por completo el chiste.

—Entonces... ¿podré ir? O sea, la intención de Egins no era eso, sino, más que nada...

—La intención de Egins no puede ser más clara, Kronto: él quiere que tú vayas a su casa. El tema surgió por la posibilidad de sanar a tu madre.

—¿Cómo lo sabe?

—Todo se sabe entre los Exiliados, Kronto —atajó Mor-Kiurimón con una sonrisa pícaro—. Y bien, tú quieres que tu mamá vaya a Seafor para recibir la medicina élfica, ¿no es así?

Kronto asintió.

—Confío en el joven Egin, aprenderás mucho. Supongo que te diste cuenta de que los elfos nos llevan mucha ventaja en lo relativo a cultura. Si todo sale bien con la misión que te explicó Land, aceptaré que vayas unos días a Seafor. No te preocupes por los trámites legales: sé que te dejarán entrar, y también a tu madre. Yo me encargaré de que la lleven con las precauciones necesarias.

—Muchas gracias, señor —dijo Kronto, emocionado.

—A cambio de eso —intervino Mor-Kiurimón—, lo único que pido de tu parte es que estés preparado para cualquier misión posterior, ya sea personal o del Equipo 8. ¿Queda claro?

—Sí, señor —respondió Kronto. “No es mucho pedir”, pensó.

—Puedes irte.

Kronto salió corriendo del jardín y buscó a Egin para contarle las nuevas. El elfo compartió sus emociones tanto acerca de la noticia del rapto de Leidy Suin como sobre la autorización de Mor-Kiurimón para acompañarlo. A pesar de que se venían días duros, Kronto no pudo haber estado más feliz.

## II. El regreso de Aritmo.

Mientras Beyser lanzaba piedras lo más fuerte que podía, Forst estaba sentado en una roca, leyendo un libro. Ambos permanecían en silencio, esperando. Tras ellos se alzaba, alta e infranqueable, la muralla de la ciudad de Vardes, con sus centenares de almenas y patrullas de soldados protegiéndola. La puerta para cruzarla estaba justo detrás; a esa hora del día la entrada y salida de viajeros, mercaderes, comerciantes e incluso soldados era frecuente. Los muchachos decidieron salir e instalarse un poco más lejos de ella, permitiendo el flujo de gente y mirando hacia el este.

El sol estaba alto, imprimiendo su calor sobre el suelo. Calor de verano. Los jóvenes vestían ropa ligera, pero se refugiaron a la sombra de un árbol. Beyser transpiraba con cada piedra que lanzaba, sus mechones rubios se le pegaban a la cara a causa del sudor. Forst, más tranquilo, hacía lo posible para que el libro no se le resbalase de las manos.

—Terminaré convertido en pollo frito —murmuró Beys luego de lanzar su vigésima octava piedra a ningún blanco en específico.

—Más vale que Aritmo se apresure —agregó Forst—. Dijo que llegaría hoy a las doce. Si no lo hace, le pateo el trasero.

Beyser se sentó al lado de su amigo y contempló a un par de personas que ingresaban a la ciudad transportando una carretilla cargada con mercancías.

—¿Crees que nos dé permiso?... ¿Mi tía?

—Ni tú ni yo la conocemos muy bien. Y tú sabes que me da miedo. Cuanto antes nos liberemos de ella, mejor.

La consejera Anvel Tédium Bel, la tía de Beyser, había asumido su rol de tutelaje de forma seria. No los dejaba

salir más de un par de horas al día, los obligaba a leer y estudiar y les prohibió usar cualquier tipo de arma, por lo que ni Arcosol ni Zarent podían mostrarse frente a ella.

—Y pensar que nos inscribió en un colegio —masculló Beyser.

—Como si necesitáramos una escuela ahora —comentó Forst—. Apuesto a que este Instituto Morgan no será ni la sombra de Frolles.

—Frolles —repitió Beys.

Nostalgia de una vida que ya nunca volvería a ser invadió a los muchachos. Hacía tres meses que su escuela y hogar de toda la vida, el colegio Frolles, fuera atacado y destruido. Forst logró sobrevivir a duras penas y aún tenía el recuerdo de aquella experiencia impregnado en el alma.

—Estaríamos terminando el año —comentó el muchacho delgado y moreno—. Y llegarían las vacaciones de verano.

—Ojalá mi tía nos dé permiso para pasar estas vacaciones con Aritmo.

Forst cerró el libro, resoplando, y miró a su amigo.

—¿Por qué quieres tanto salir? Tú estás bien aquí, con tu familia. Yo, en cambio...

—Te lo dije ayer, ya se te olvidó —replicó Beys, brusco—. Quiero saber más de mi padre. Mi tía me contó la historia, pero, no sé, siento que no me contó todo. Solo la parte negativa.

—¿Crees que si vas a Hixmer podrás saber algo más de él?

—Quién sabe. Al final, salir es lo más importante. No estar encerrados. Supongo que a ti te pasa lo mismo, ¿o no? —Su amigo enrojeció al darse cuenta de que no podía ocultar la verdad—. Lo sabía. Se te nota en la cara que no aguantas el encierro con mi familia.

—Tu hermano me hace la vida imposible —masculló Forst.

—¿Tonk? ¿Qué pasa entre ustedes dos?